

# DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B

## EL QUE QUIERA VENIRSE CONMIGO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 50, 5-10; Santiago 2, 14-18; Marcos 8, 27-35



1. Tuve la suerte -gracia, diría yo- de ir en peregrinación a Polonia junto con mi obispo, cinco sacerdotes y cuarenta y seis laicos, con el fin principal de recorrer y rezar en los lugares, donde Juan Pablo II había vivido, sufrido, trabajado y rezado. Como era lógico, aprovechamos la ocasión para conocer los campos de concentración y exterminio de Auschwitz creados por los nazis. Realmente fueron el infierno en la tierra. No se comprende cómo el corazón humano es capaz de tanta maldad y de tanto horror. Está claro que, cuando los humanos prescindimos de Dios, podemos llegar a ser mucho peores que las fieras más feroces.

Produce especial emoción visitar la celda donde estuvo prisionero el Padre Kolbe. El año 1941 fue confinado en el campo de concentración de Auschwitz. En medio de tanto horror, sufrimiento e indignidad, se ofreció voluntariamente para cumplir el suplicio impuesto a un padre de familia, que había sido condenado a morir de hambre. Cuando un oficial nazi le preguntó por qué lo hacía, el Padre Kolbe contestó: *porque soy un sacerdote católico*. Y murió de inanición en su celda, convertida hoy en lugar de peregrinación. Su ejemplar sacrificio se divulgó por todo el mundo. ¡Qué diferencia hay entre el hombre, que se deja conducir por Dios, y el hombre que fabrica su comportamiento de acuerdo con su parecer y al margen o en contra de Dios! Beatificado por Pablo VI, en 1971, Maximiliano Kolbe fue canonizado por Juan Pablo II, en 1982.

2. Al contemplar las lecturas de este domingo, podemos decir que San Maximiliano Kolbe escuchó y vivió esta enseñanza de Jesús en el evangelio proclamado: *el que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará*. Porque siguió a Cristo, el Padre Kolbe cargó con su cruz, perdió su vida y se hicieron realidad maravillosa en él estas palabras que Isaías, en la primera lectura, pone en boca del siervo de Yahvé: *el Señor Dios me ha abierto el oído; y yo no me he rebelado, ni me he echado atrás. Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban, y la mejilla a los que mesaban mi barba*.

A la luz de la Palabra de Dios proclamada hoy, y también ante el testimonio de un hermano nuestro en la fe, San Maximiliano María Kolbe, hemos de salir de esta Eucaristía decididos a seguir a Cristo mucho más de cerca, de manera más

comprometida y dando la cara por Cristo en estos momentos de la historia de la Iglesia, en los que los últimos Papas nos invitan a todos a colaborar en una Nueva Evangelización.

3. El siervo de Yahvé, al que hace referencia la primera lectura, se presenta como oyente fiel de la Palabra de Dios y anunciador de la misma. Él sabe que llevar a cabo su misión va a ser muy doloroso, que va a tener que pasar por la injuria y la violencia de los hombres, incluso *por insultos y salivazos*. Pero, poniendo su confianza en Dios, no se rebela ni se echa para atrás, sino que es fiel del todo. Este siervo fue Cristo, el que en el evangelio escuchado es confesado por Pedro como *el Mesías*, y que con palabras del mismo Jesús tendrá que *padecer mucho, ser condenado, ser ejecutado*, pero perdiendo su vida la salvará, porque a los tres días resucitará.

El cristiano que quiere ser fiel intenta vivir como Cristo, procura identificarse con Él. Está llamado a ser santo, a ser otro Cristo. San Josemaría invitaba a los que le escuchaban: *sentid, en cambio, la urgencia divina de ser cada uno otro Cristo, ipse Christus, el mismo Cristo; en pocas palabras, la urgencia de que nuestra conducta discorra coherente con las normas de la fe, pues no es la nuestra –ésta que hemos de pretender– una santidad de segunda categoría, que no existe*. Porque somos otros Cristos, porque los bautizados debemos ser fiel reflejo de Jesucristo, hemos de imitarle en ser siervos como Él, el siervo de Yahvé por excelencia.

4. Nuestra fe ha de ser una fe viva y no muerta. El apóstol Santiago nos lo decía: *la fe, si no tiene obras, está muerta por dentro*. En el que sigue a Cristo, el obrar ha de estar de acuerdo con el creer. No puede darse en el cristiano una doble vida: por un lado, lo que se cree, y por otro, el modo de vivir y actuar. No es auténtica la fe del que es cumplidor de sus prácticas religiosas y, sin embargo, trata mal a su mujer, es un holgazán, malgasta el dinero o avasalla al prójimo. Precisamente porque se cree, además de vivir bien las prácticas religiosas, hay que tratar bien y respetar a todos, ser buenos trabajadores y gastar el dinero debidamente, con moderación y en lo que es bueno gastarlo.

Una condición imprescindible para ser buenos siervos de Dios y coherentes con las exigencias de nuestra fe, como lo fue San Maximiano Kolbe, es amar la cruz de cada día, llevarla con fortaleza y serenidad, y aceptar del todo la voluntad de nuestro Padre Dios, viviendo abandonados totalmente en sus manos. Hemos de creernos de verdad que todo lo que Dios quiere o permite es para nuestro bien. Es cierto que pueden presentarse en la vida situaciones muy difíciles y duras, aunque no es fácil que sean como las Cristo o las de San Maximiliano María. Apoyados en la fuerza que Cristo da por medio de la oración y la recepción frecuente de los sacramentos, llevar esa cruz precisamente, y no otra en la que podemos pensar, será prueba evidente de la autenticidad de nuestra fe y de que vamos con Cristo.

5. Miremos a la Virgen al pie de la cruz de Cristo y, de su mano, llevemos la nuestra los días que pesa menos, y aquellos otros que pesa más, o mucho más.